

habla por lo tanto en el modo del callar, porque ya está todo dicho y "hemos llegado al momento en que se deja de hablar" y cuando entre pausa y pausa habla con palabras, su lenguaje es fijo, inmanente, cosificado, aun el "voceo" en su boca se convierte en una lengua muerta, no por haber sido elevado a la categoría del "tú" sino porque no se trasciende, porque no logra hacer al lector o al espectador contemporáneo de la acción. Cada frase que se dice es densa, definitiva, afirmativa, lapidaria, como una sentencia o un proverbio, frases petrificadas de contornos netos, frases de predicador. Por momentos parecería que Murena hubiera escrito frases sueltas y luego las hubiera unido: "Nadie habla nunca más que consigo mismo", "Todo puede esperar un minuto", "Pero siempre es tan poco lo que se entiende", "Siempre se puede más", "Cada uno sabe cuál es su deber", "A nadie le importa nada de nadie", "Cada hombre es una equivocación", "Las llaves están echadas", "Todas las puertas están cerradas", "Que todos seamos perdonados". Pero este diálogo epigramático, de oratoria, de retórica, resulta por añadidura un diálogo eficazmente teatral. El teatro exige un diálogo concreto, conciso, pleno de significado, esencial. Los personajes deben ser elocuentes y a la vez lacónicos —precisamente como los de "El juez"—, deben hacer desarrollar los acontecimientos hablando lo menos posible, ahorrando tiempo, descartando lo supérfluo, de manera que la acción se reduzca a lo central, comprimiéndose en pequeños e intensos resúmenes. La acción teatral es relatada más que vivida. El tiempo teatral no coincide con el tiempo real.

Una determinada manera de pensar exige siempre un determinado estilo para expresarse: es la quivocada metafísica del autor lo que ha impuesto a "El juez" esa estilización, ese artificio, esa esquematización, en que consiste precisamente el juego teatral. Por eso esta obra construida en base al planteo apriorístico de las teorías sobre América de un ensayista —antes que poeta, novelista o dramaturgo— que sólo teatraliza con dificultad y esfuerzo, ofrece no obstante la apariencia de una creación natural y espontáneamente teatral.

JUAN JOSÉ SEBRELI

EDUARDO MALLEA: *Chaves*, Losada, 1953.

Chaves no aprendió nunca a hablar. El silencio era "su mansión natal". El protagonista de la novela es el silencio. Chaves tenía el convencimiento de la inutilidad de las palabras, de lo poco que puede lograrse con ellas. Se vió obligado a defender lo único que quiso en la vida, y se llenó de palabras, a veces tontas, sin sentido; intuía que si dejaba de hablar todo estaría perdido ("Necesitaba hablar, hablar, decir y volver a decir, contar y volver a contar..."). Creía apresar la vida con palabras, él, que nunca supo usarlas. De cada una de estas incursiones por la palabra, volvió más reconcentrado, más callado, más convencido del valor del silencio. Y cuando ya no tuvo nada que defender, cuando sólo le quedó el seguir viviendo, hizo del silencio su único semejante.

Hay en Chaves una absoluta incapacidad de comunicación. Se encierra en su soledad y la protege "como sacra cosa suya", las cosas exteriores apenas lo rozan, las mira indiferente, sin asombro. La capacidad de asombrarse le fué quitada junto con su mujer y con su hija.

Chaves sigue viviendo por inercia, acaso porque nunca pensó en una muerte voluntaria. Los héroes de Mallea casi siempre soportan su vida hasta el fin. Tienen un pasado que no conocemos, y que poco a poco se va aclarando, y es a causa de ese pasado que el mundo de los hombres los ha encontrado ya sin temor, para decirlo con palabras del propio Mallea. Sólo deseaba vivir, sobrevivir, y el trato con los hombres se ciñó a esa necesidad

de ganar lo necesario para ello.

Chaves ocupa un lugar entre los eternos solitarios de Mallea. Reconcentrados, taciturnos, hombres a quienes les duele la vida, para quienes el hecho de existir no es algo gratuito y sin sentido.

Se impone la comparación con Nicanor Cruz, el hombre hecho de tierra y soledad de *Todo verdor perecerá*. Digo se impone, porque son personajes que tienen algunos rasgos comunes. En primer lugar el silencio. Son silencios distintos. El silencio de Nicanor Cruz es un silencio lleno de rencor, de amargura, de inferioridad. La inferioridad del macho que cree que callando, no entregándose, se es más hombre. El silencio de Chaves es más animal. Es el silencio del que no quiere hablar porque no confía en el valor de las palabras, y prefiere anularse ante la Naturaleza, hundirse en la contemplación del agua fluyente de un río o de unas luces lejanas.

Muy diferente es también la actitud de ambos frente a la mujer. Chaves habla para retenerla, para no perderla. Nicanor Cruz calla obstinadamente para ir perdiéndola.

Pero no es esta la oportunidad para continuar estas comparaciones, sólo queríamos anotar cierta relación de dependencia entre estos dos personajes. No interesa si ella ha existido o no en el pensamiento del autor.

Chaves nada agrega a la novelística de Mallea. Es un personaje más de su extensa galería, bien trazado, bien delineado, como Mallea sabe muy bien hacerlo. Y aquí está precisamente su mayor defecto. Se ve el oficio.

Hay en este libro un intento conciente de ir puliendo la lengua y el estilo. Posiblemente esta misma preocupación hace que resulte alejado, literario. No sólo el estilo, sino también el personaje. No se lo siente a Chaves como a un ser de carne y hueso, no nos llegan sus desgracias. Quizá el momento más logrado de la novela sea la escena de la muerte de la hija. Nos angustia la figura grotesca de Chaves queriendo ver en un palo rígido y astillado, un soldado con casaca roja. Pero fuera de esta escena y algunos otros aciertos menores, vemos a Chaves a través de una niebla, sin sentirnos en ningún momento junto a él. Mallea no ha logrado infundirle el hálito de los grandes personajes. Ha quedado en abstracción literaria. Contribuye a acentuar esta sensación de lejanía que anotábamos, la falta de diálogo. Todo nos es contado, en un estilo casi impersonal, lejano, que hace que el personaje resulte también extraño a nosotros. Y este es un rasgo distintivo de los personajes de Mallea: su lejanía, su intemporalidad, su falta de vida. Son literarios, pesados en la tranquilidad de su cuarto de estudio; no seres de carne y hueso, arrancados de la realidad, de esa *realidad argentina* de que tanto nos ha hablado Mallea. Sólo nos ha hablado, porque no se ha atrevido a dejar esa esquematización teórica, y salir a la calle para buscar sus personajes. Seres reales y concretos, que hablen y actúen como nosotros, a los que podamos reconocer como semejantes. Mallea después de *Historia de una pasión argentina* en que miró de frente a nuestra realidad, creyéndose ya a salvo, por ese arranque de sinceridad, cerró los ojos a esos problemas que creíamos se habían hecho carne en él, y desde entonces estamos esperando su gran obra que no es precisamente la que nos ocupa. Siguió hablándonos del *hombre argentino* que él cree existe debajo de esa capa de falsedad y "snobismo", mentira y corrupción, pero nunca llegó a mostrarnos un *hombre argentino*.

Chaves queda pues, como una novela más de Mallea, o acaso sería más acertado decir como una novela menos.

ALICIA PINTOS